

## LA REVOLUCIÓN FRANCESA... CONTADA POR MÍ



Era 2 de febrero de 1808 y los franceses estaban sitiando Zaragoza. Mientras, una mujer morena medianamente alta y con unas grandes protuberancias estaba en su cuchitril escondiendo a sus retoños cuando un soldado con un fino acento parisino les rompió las piernas y se los llevó como esclavos. Aquella mujer, Agustina, le juró que se vengaría...

8 días después...

— ¡Viva Agustina de Aragón!

— ¡Viva!

— ¡3 hurras por Agustina!

— ¡Hip, hip Hurra!

— ¡¡¡Qué somos maños, no estamos en América!!!

— ¡Ah, bueno, vale!

— ¡Otra vez!

— ¡Co, co, Hurra!

Agustina de Aragón, la mujer que había jurado vengarse de los franceses había descubierto el secreto para vencer a los gabachos, que consistía en acercarse a los campamentos galos, mientras dormían, con un cañón. Después gritaban “¡franchuteeee! Y en cuanto el francés asomaba, le volaba la cabeza de un cañonazo.

Estaban celebrando la victoria cuando irrumpió un hombre rapado, con una camiseta rasgada como taparrabos y un montón de pelo. Ese hombre era tan

peludo, tan peludo que cuando quería cortarse las uñas tenía que ir al peluquero. El rapado subió donde estaba Agustina y le puso una navaja en el cuello:

— ¡Cómo no me deis la pasta, le rajó!

— ¡Pero sino tenemos un chavo!

— ¡Pues me la llevo!

— ¡Nooooo!

El rapado se llevó a Agustina a su cueva de las montañas.

Aquella misma noche, el general del ejército aragonés, José Palafox no podía dormir. Lo que le impedía conciliarlo le atormentaba. La visión de la mujer que había dado la victoria ante los franceses en manos del rapado le producía escalofríos.

Se levantó de la cama a tientas y buscó con ahínco su “lámpara de aceite”, un candil chamuscado y enmohecido estropeado por el paso de los años. Lo encontró, hay estaba el dichoso candil, justo debajo de la estantería de arcilla que le construyó su difunta hija. Se agachó para recogerla cuando resbaló y se golpeó en la cabeza. Del golpe, cayó desplomado y se sumergió en un profundo sueño.

Inmediatamente después se vio inmerso en una infinita espiral de colores, y luego cayó a una sala en blanco. Allí había un rapero negro que contaba baladas románticas. Palafox, ya que no tenía nada mejor que hacer en la habitación vacía escuchó una canción del rapero. La canción trataba de San Jorge, un noble caballero, alto y fornido que mataba los dragones a pares para salvar a princesitas desvalidas...

— General, general... ¿Está bien?

— Si, si, gracias.

— ¿Seguro?

— Sí. Además tengo la respuesta a nuestras preocupaciones

— ¿Cuales? ¿su incontinencia urinaria?

— ¡No! ¡claro que no! Eso no tiene arreglo

— Entonces, ¿qué?

— La forma de salvar a doña Agustina

— ¡Ah! Le escucho con atención...

Don José le contó el sueño a su lugar teniente Gugliemi, y este dio la orden de encontrar a san jorge por todo Aragón. Su intermediario principal Lanoperón Noreponal le encontró en una cueva y le explicó la situación. Él aceptó con la condición se obtener un saco de monedas de plata en recompensa.

El 22 de febrero de 1808, san Jorge encontró la cueva del rapado y entró a hurtadillas. Aquel lugar estaba muy sucio y la iluminación era deficiente, pero se podía apreciar al calvete afilando su navaja:

— ¡Suelta esa navaja, cruel bellaco!

— ¡Sí, en tus costillas, chulo de...!

San Jorge desenvainó su espada y se batió en duelo con el rapado. Aun con la ventaja que a priori partía el caballero, le costó derrotarle por la defensa que le proporcionaba a su contrincante la mata de pelo negro que poseía.

Estaba a punto de darle la estocada final. Sería un golpe seco y duro, como siempre que mataba dragones. Iba a ejecutarle cuando un anciano entró en la caberna y se dirigió a ambos:

— Buenas tardes, soy Cristóbal Colón. ¿Estoy en América?—Preguntó el viejo

— No, abuelo, siga buscando.—Respondió el rapado.

— Bueno. Muchas gracias. Adiós

— Adiós, majete.

San Jorge estaba harto de que le interrumpieran, así que mató con frialdad al calvete peludote. Después rescató a Agustina y se unieron en un beso de pasión.

Estaban en ello cuando de pronto oyeron una voz femenina:

— ¡Jorge! ¿Quién es esa fulana?—dijo la voz

— Dulcinea, cariño, no es lo que parece. Es una compañera de trabajo.—contestó

San Jorge

— ¡Estás casado!—Exclamó Agustina

— ¡Eres un...!

— ¡Degenerado!

Ambas mujeres se aliaron y organizaron una paliza de “skin heads” en la que murió San Jorge. Después se fueron a celebrarlo y se pillaron tal indigestión que estuvieron 3 días en la UCI.

**Jorge López 2º ESO**

